
ESTABLECIMIENTO DE LOS REINOS BÁRBAROS EN EUROPA

Esquema de contenidos

1. Transmisión de elementos romanos a los nuevos reinos.
2. La irrupción de los llamados pueblos *barbari*.
3. Los reinos germánicos.
 - 3.1. Primera oleada.
 - 3.1.1. Suevos.
 - 3.1.2. Burgundios.
 - 3.1.3. Vándalos.
 - 3.1.4. Godos.
 - 3.1.4.1. Visigodos.
 - 3.1.4.2. Ostrogodos.
 - 3.2. Segunda oleada: Francos.
 - 3.3. Tercera oleada: Lombardos.
 - 3.4. Migraciones marítimas: Anglos y sajones.
4. Estructuras políticas.
 - 4.1. La monarquía germánica.
 - 4.2. Instituciones.
 - 4.3. Leyes.
 - 4.4. Las finanzas y el ejército.
5. Desarrollo artístico.

1. Transmisión de elementos romanos a los nuevos reinos

Son muchos los interrogantes que se plantean los estudiosos acerca de las causas que produjeron la desmembración del Imperio Romano y el establecimiento de las monarquías germánicas. Bien es cierto que Roma a lo largo del siglo III sufrió una crisis interna sin precedentes, experimentando sus primeros

síntomas de debilitamiento a lo largo de dicha centuria, al no poder hacer frente a problemas que habían ido en aumento o que permanecían latentes en sus estructuras, y a las nuevas circunstancias que se fueron produciendo.

Las guerras civiles, que convirtieron el Imperio en un inmenso campo de batalla, provocaron tanto un frenazo a la expansión militar externa como un freno en las actividades mercantiles dentro de sus fronteras. Las principales ciudades romanas, donde había una intensa vida política y administrativa, se convirtieron en centros de consumo más que de producción. Roma dependía del exterior donde adquiriría una serie de productos, lo que suponía una fuerte salida de numerario que no era compensada por una venta equivalente de productos propios. Todos los intentos realizados por los distintos emperadores para mejorar la economía del imperio: reformas monetarias, acuñación de monedas nuevas, así como medidas para regular los precios de los productos y los salarios de los trabajadores no fueron eficaces, lo cual repercutió gravemente en el conjunto de la sociedad romana, en la parte occidental del imperio, y de manera especial, en las clases medias: artesanos, pequeños propietarios y comerciantes, que serán víctimas de un rápido proceso de proletarización, abandonando la ciudad para instalarse en propiedades rústicas, *villae*.

Asimismo, en el área rural se dejó sentir un cambio significativo. El declive de la sociedad esclavista tradicional no trajo consigo el triunfo del trabajo libre, sino, por el contrario, su hundimiento. Por otra parte, en el mundo rural comienzan a desaparecer los pequeños propietarios, figurando en su mayoría adscritos a un gran señor, por lo que la diferenciación social fue muy significativa desde comienzos del siglo IV. El latifundio se constituye en un organismo tanto económico como de relación entre *honestiores* y *humiliores*, aumentando en buena medida la extensión de los lazos de protección como consecuencia del pesado sistema fiscal del Bajo Imperio que generalizó los impuestos sobre la posesión de la tierra y sobre el trabajo de las personas, ya que el creciente peso de la fiscalidad imperial, necesitaba de recursos para comprar la fidelidad de las tropas, asegurar el aprovisionamiento de las grandes ciudades, en especial de Roma, y para hacer frente a la amenaza de los pueblos que vivían fuera del Imperio.

A pesar de los esfuerzos que hizo el emperador Diocleciano (284-305) por aplicar diversas reformas, la crisis se agudizó en el siglo IV. En los últimos años del Imperio se produjeron, como consecuencia de todo ello, una serie de revueltas campesinas tanto contra los grandes propietarios como contra el propio Estado romano, como sucedió en la Galia, en España o en el Norte de África donde tuvo lugar la rebelión de los *circumcelliones*, ligada a corrientes espirituales de signo rigorista en las que las masas populares vieron un soporte mental para combatir al sistema político-social de la época, aliado con la Iglesia jerarquizada, por lo que hay que poner de relieve que los factores de orden religioso jugaron un papel de primer orden en la crisis del mundo antiguo. Cre-

ciendo, asimismo, los *bagaudas*, grupo integrado por pequeños agricultores y pastores libres, a quienes se habían unido soldados desertores y algunos bandoleros, que protagonizaron distintos movimientos de carácter social en la Galia e Hispania.

En suma, en la desintegración del Imperio Romano confluyeron un conjunto de causas internas: institucionales, religiosas, culturales y económicas; así como externas: la llegada de los bárbaros a los límites del Imperio.

2. La irrupción de los llamados pueblos *barbari*

El término *barbari* había sido adoptado por Roma por influencia griega. Con este nombre se designaban a las poblaciones que vivían al otro lado de las fronteras políticas y culturales, primero del mundo helénico, y posteriormente del Imperio Romano. Roma había entrado en contacto con otros pueblos situados más allá de sus fronteras, al norte del Danubio y al este del Rin, a los que denominó con el nombre genérico de *barbari* o extranjeros, a pesar de que pertenecían a muy variadas etnias, aunque en su mayoría fueran germánicos y hubiesen tenido un origen común. El sentido del término es altamente peyorativo, pues hacía alusión a gentes de un nivel cultural inferior; sin embargo, es una idea discutible porque algunos de estos pueblos, por ejemplo los visigodos, fueron capaces de crear una cultura importante.

En términos generales podemos afirmar que se trataba de pueblos nómadas o agrupaciones de tribus cambiantes, que originarios de Escandinavia y de los territorios del Báltico, recorrían Europa occidental en busca de pastos para sus ganados, de caza y pesca, o de botín, que se había expandido a lo largo de las fronteras del mundo romano. Su aspiración era encontrar lugares donde instalarse y poder desarrollar una agricultura sedentaria combinada con la ganadería vacuna, enfrentándose por ello entre sí.

Ya en el siglo I antes de Jesucristo, los galos llamaron a los ejércitos imperiales para que les ayudasen a destruir el reino que el suevo Ariovisto había fundado en la Alta Alsacia, sobre el que obtuvo una importante victoria César, rechazándolo al otro lado del Rin. Desde entonces, el río se convirtió en frontera natural entre germanos y romanos, y los contactos fueron haciéndose más frecuentes. Posteriormente, a través de la obra de Tácito, *Germania*, primera obra sobre estos pueblos, escrita en el siglo I después de J.C. los romanos comenzaron a darse cuenta de que eran muchos y muy distintos los grupos tribales y pueblos de raza germánica que poblaban la Europa central, al tiempo que aprendían de ellos cómo era su armamento y su organización militar, su religión, sus instituciones fundamentales, sus poblados y sus viviendas, costumbres, relaciones familiares, comidas, régimen de vida, etc.

A pesar de la continua defensa que mantuvo Roma frente a los peligros exteriores, y de manera especial, desde el gobierno de Augusto (63 a.C.-14 d.C.) que trató de consolidar las conquistas realizadas, el *limes* se fue convirtiendo no tanto en frontera que separaba dos mundos distintos, como en la zona de contacto que facilitaba una relación entre ambos, logrando mantener, durante los largos períodos de paz, estrechas relaciones comerciales y políticas, llegando, incluso, a asentarse familias germanas en la línea divisoria. También desde tiempos de Augusto se produjo la entrada de germanos en las filas del ejército romano, primero como auxiliares y, más tarde, en puestos de mayor responsabilidad, como fue el caso de Arbogasto, de origen franco, el vándalo Estilicón, o Recimer, quienes sirvieron al Imperio como *magister militum*, modificando el arte de la guerra, dando movilidad a los pesados cuerpos del ejército romano y enseñándoles a actuar con mayor ligereza. Es más, algunos de los emperadores que gobernaron en el Imperio, en el siglo III, habían nacido fuera de las fronteras del Imperio, como Maximino el Tracio (235-238), hijo de un campesino godo y de una madre de origen alano, o Filippo el Árabe (244-249) que había nacido al sur de Damasco, en la provincia romana de Siria.

Hasta el siglo III, Roma había frenado el avance de estos pueblos, pero durante la crisis que el Imperio sufrió en esos años, muchos grupos lograron atravesar las fronteras del Imperio romano. Durante largo tiempo los emperadores romanos trataron de evitar la catástrofe y algunos lo consiguieron después de duras pruebas, como sucedió durante el breve reinado de Decio (249-251), Diocleciano (285-305) y Constantino (306-324) quienes lograron frenar estas invasiones. Pero a lo largo del siglo IV, la invasión de los pueblos germánicos dentro del Imperio se convirtió en un hecho irreversible, siendo numerosas las incursiones protagonizadas por francos y alamanes (pueblo confederado) que saquearon durante años las provincias del Imperio e hicieron violentas incursiones por la Galia, España, Italia y el Norte de África, pues el sistema defensivo no era bastante coherente. Destruyeron campamentos romanos, saquearon y arrasaron florecientes ciudades, obligando a fortificarse a las villas agrícolas y provocando la aparición del hambre en las tierras que asolaban.

La penetración y el asentamiento de los pueblos bárbaros en Occidente constituyeron procesos muy largos, pues no concluyeron hasta mediados del siglo XI. Dentro de este amplio período, siglos II-XI, se suelen distinguir dos etapas: las “primeras invasiones” que comprende *grosso modo* desde la llegada de los visigodos al Imperio en el año 376, hasta la entrada de los lombardos en Italia en el año 568; y las “segundas invasiones”, protagonizadas por los vikingos, magiares y sarracenos durante los siglos IX y X.

A pesar de los esfuerzos realizados por los emperadores para frenar la expansión de los pueblos *barbari*, en el 378, los visigodos, mantenidos a raya en la línea del Bajo Danubio, se vieron forzados a cruzarlo, presionados al este por los hunos. El emperador Valente (364-378) que trató de impedir su paso, sufrió una terrible derrota en Adrianópolis, el 9 de agosto del 378, que

le costó su vida, lo que permitió a los visigodos esparcirse por los Balcanes, sembrando el pánico en las tierras orientales del Imperio. La instalación masiva de los germanos en el Imperio se convirtió desde ese momento en un proceso imparable.



Figura 4. Grabado del siglo xv que representa las migraciones bárbaras.

No obstante, el emperador Teodosio (379-395), heredero de una situación crítica, fue el último reunificador del Imperio, logrando provisionalmente un acuerdo con los visigodos, estableciéndoles en el 382 en Mesia (Bulgaria), provincia totalmente arruinada por las invasiones. Así lo entendieron también sus herederos, Honorio en Roma y Arcadio en Constantinopla, al promulgar conjuntamente una “*Ley de hospitalidad*”, en la que se reglamentaba la forma en que las familias germanas asentadas en el Imperio habían de disfrutar de parte de los bienes de las familias romanas que las hubiesen acogido. A pesar de todo, los gobernantes de ambas partes del Imperio utilizaron a unos bárbaros para defenderse contra los otros bárbaros que, pacífica o violentamente, iban cruzando el *limes*. Además, desde Constantinopla, con gran habilidad se desviaban hacia Occidente a las sucesivas oleadas de invasores, por lo que el Imperio Romano de Oriente logró sobrevivir mientras que Roma sucumbió. Constantinopla, había evitado un peligro, transfiriéndolo a Occidente. Recordemos, por ejemplo, que los hunos y sus aliados, hasta entonces acantonados

en Oriente, se dirigieron hacia el oeste, desempeñando un papel decisivo en el desencadenamiento de la gran oleada migratoria de finales del siglo IV.

Serían los Hunos, como hemos apuntado, quienes desempeñaron un papel de suma importancia en el inicio de los movimientos migratorios de los pueblos bárbaros. A comienzos del siglo V, estaban establecidos en Panonia (parte de la actual Hungría, Croacia, Serbia-Bosnia), y bajo el mando de uno de sus principales caudillos, Atila, conocido como “el Azote de Dios”, nacido hacia el año 395, los hunos fueron la potencia dirigente del mundo bárbaro. Desde que accedió al poder en el año 434 y durante los quince primeros años, Atila dirigió todas sus campañas hacia Oriente; sin embargo, la atracción que sentía por Occidente y conociendo la debilidad del Imperio Romano, le condujeron a realizar su primera incursión en el año 451, remontando el Danubio por la orilla izquierda, atravesó el Rin por los alrededores de Maguncia, asoló Bélgica y llegó a incendiar la ciudad de Metz, alcanzando en mayo de ese mismo año la ciudad de Orleans. La ambición que le caracterizaba le llevó a pretender contraer matrimonio con Honoria, hermana del emperador Valentino III, quien, enfrentada a su hermano, había ofrecido su mano a Atila.

La caballería hunna, no siendo superior a la de los alanos, cuyos caballos tenían fama desde el siglo III por su excelencia, era numerosa e infatigable. El equipo de sus guerreros estaba constituido por el arco reflejo, con flechas triangulares, la silla de montar de madera, el látigo, el lazo y la espada de uno o dos filos. A pesar de sufrir una importante derrota frente a los ejércitos visigodos del rey Teodorico I en los “Campos Catalaúnicos o Mauriacos”, conocida con este nombre porque tuvo lugar en un sitio espacioso llamado *Maurica*, entre Troyes y Châlons, el 20 de junio del 451, Atila realiza en la primavera del siguiente año diversas incursiones en Italia, asaltando las ciudades de Milán, Pavía, Padua, Mantua, Vicenza y Verona; e, incluso, llega a las puertas de Roma, cuyo asedio respetó después de entrevistarse con el papa León I (440-461). Con su muerte acaecida en el año 453, poco tiempo después de abandonar la ciudad de Roma, los hunos supervivientes no son más que una horda mediocre. La guerra entre los dos últimos hijos de Atila, causó el derrumbe de los hunos. No obstante, sus hazañas aparecen reflejadas en el *Cantar de los Nibelungos*, poema épico escrito en el siglo XIII, de origen germano, donde Atila ocupa un lugar destacado en el conjunto de sus relatos. A pesar de todo, algunos de los pueblos germanos asimilaron su ejemplo y adoptaron sus modos de vida, especialmente los burgundios.

Los visigodos al sentir la presión de los hunos motivaron, a su vez, que los vándalos optaran por pasar al Norte de África, tradicionalmente granero de Roma. Esa pérdida iba a tener enormes consecuencias, incluso mayores que las que Roma padeció por esos mismos años, al dejar Britania en manos de otros pueblos bárbaros: anglos, jutos y sajones. Por otra parte, los burgundios se habían instalado en el valle del Ródano, y distintos grupos de francos en el norte de la Galia, por lo que la autoridad Romana quedaba reducida a Italia.



Figura 5. *Atila* por Delacroix (Asamblea Nacional. París).

El Imperio romano fue languideciendo durante veintitrés años, durante este tiempo los reinos germánicos sólo reconocían nominalmente la autoridad imperial. Roma sufrió el ataque de los visigodos en el año 410, y posteriormente, la ciudad fue saqueada en dos ocasiones por la marina vándala. Los emperadores se vieron obligados a abandonar la ciudad y se instalaron en Rávena o Milán perdiendo casi todo su poder; de hecho, desde el año 475 el rey visigodo Eurico, que gobernaba sobre buena parte de la Galia y de Hispania, se había convertido en el mayor poder político del Occidente, por lo que Odoacro (de origen hérulo-escilo), jefe del nominal ejército romano acantonado en Italia destronó al emperador Rómulo Augusto en el 476, considerando que el único emperador digno de este nombre con poder efectivo era el romano Zenón I (474-491), a quien reconoció como tal, remitiéndole las insignias imperiales, con el mensaje de que ya no eran necesarios dos emperadores para gobernar, pues los *reges* actuarían como su representante. Odoacro obtuvo del emperador la potestad sobre el ejército y fue nombrado rey de Italia (476-493).

3. Los reinos germánicos

Desde el año 476 los diversos estados germanos obraron con mayor libertad y, de forma paulatina, se fueron instalando en ciertas zonas de los países ocupados o en algunos puntos estratégicos y salvo raras excepciones, como ocurrió con los vándalos o anglosajones, sin que se produjese un sistemático despojo de los vencidos. Los asentamientos se hicieron en tierras imperiales, como realizaron los francos, o en dominios particulares que los germanos compartieron con los habitantes de procedencia romana, como efectuaron los visigodos.

En el conjunto de los pueblos germanos podemos distinguir dos categorías en función de su capacidad de resistencia a los cambios: aquellos que fueron absorbidos por otros reinos más fuertes, tal fue el caso de los suevos por los visigodos, o el de los burgundios por los francos; o que no pudieron resistir la contraofensiva bizantina, como les sucedió a vándalos y ostrogodos. Y por otra parte, aquellos que lograron sobrevivir a las continuas fluctuaciones, al menos hasta la llegada de los musulmanes a Occidente a comienzos del siglo VIII: visigodos, francos, anglos y sajones.

Tradicionalmente se ha admitido la existencia de tres grandes movimientos migratorios desde el siglo IV al VII, como apuntó Lucien Musset. En la primera oleada incluimos a suevos, burgundios, vándalos y godos: visigodos y ostrogodos. La segunda estaría protagonizada por los francos; y la tercera oleada un solo pueblo, el de los lombardos, alcanzaría una verdadera entidad política.

3.1. *Primera oleada*

3.1.1. *Suevos*

Procedentes del Rin medio, atravesaron el río en el año 406-407 y en el 409 penetraron en España. Instalados al principio en Gallaecia y Lusitania quedaron como dueños de la Península Ibérica al marcharse los vándalos al Norte de África. En su expansión alcanzaron con sus devastaciones casi todo el territorio peninsular; tomaron Mérida, Sevilla, e incluso una parte de la Cartaginense, salvo la Tarraconense. Fue el primer pueblo bárbaro que se convirtió al catolicismo, pero al ser derrotados por los visigodos en el año 456, y quedar arrinconados en la Gallaecia, es decir, entre el Atlántico y Astorga por una parte, y por otra entre el Cantábrico y el Duero, se vieron obligados a convertirse al arrianismo. Su historia es prácticamente descono-

cida durante un siglo, hasta que Martín de Braga volvió a convertirlos al catolicismo en torno a los años 560 y 580, motivo por el cual se enfrentaron a los visigodos que ocupaban el resto de la Península. Su oscilación religiosa es un reflejo de su debilidad exterior. Este reino desapareció en el año 585 cuando el monarca visigodo, Leovigildo, les acusó de haber colaborado en la sublevación de su hijo Hermenegildo. Los suevos dejaron en Galicia algunas pequeñas huellas onomásticas y arqueológicas concentradas en la costa a uno y otro lado de Braga.

3.1.2. *Burgundios*

Aparecen en el siglo I en la región báltica, luego se introducen en el interior de Europa, asentándose a orillas del Vístula medio. Pero su lengua y sus tradiciones permiten hacerlos oriundos de Escandinavia. Comenzaron a trasladarse desde su hábitat polaco hacia el oeste durante el siglo III. Su territorio, que se extiende del Rin a la Suabia central, se estabiliza hasta tal punto que en el año 359 se describen los hitos fronterizos entre romanos y burgundios. El contacto que mantuvieron durante 140 años con el Imperio les permitió el desarrollo de cierta actividad económica.

En el año 413 firmaron un *foedus* con el emperador legítimo y obtuvieron la parte de la Galia próxima al Rin. Al ser considerados federados de Roma, recibieron un territorio y una parte del impuesto sobre la renta a cambio de garantizar la seguridad del territorio. Ya desde los años 440-443 se habían instalado en los valles del Saona y del Ródano (región que tomó el nombre de Burgundia y más tarde el de Borgoña) comportándose como federados modelos, dispuestos a prestar todo tipo de apoyo y ayuda a Roma. Todos los reyes burgundios, de los que conocemos poco más que el nombre, se mostraron dignos de esta confianza. La ley de los burgundios, llamada *ley Gombeta*, probablemente por el rey, Gondebaldo, que la hizo redactar en torno al año 500, es una de las leyes bárbaras más romanas y proclama explícitamente la identidad de condición entre romanos y burgundios.

El poblamiento se efectuó según las normas de la hospitalidad, impuesta por el *foedus* del año 443 en el antiguo reino de Ginebra, y adoptada por el nuevo reino en el año 456 de acuerdo con los senadores romanos. A pesar de esta armonía interior, el Estado burgundio no era muy viable. Situado en una región de importancia estratégica y económica considerable, tenía una base étnica demasiado estrecha para rechazar a sus competidores francos y godos. Los merovingios derrotaron a Godomaro, último rey burgundio, y ocuparon todo su territorio, pero respetaron las instituciones y la nacionalidad burgundias. La lengua debió de perdurar hasta el siglo VII, e incluso hasta el siglo XI algunos individuos se acogieron al derecho burgundio.

3.1.3. Vándalos

Aprovechando la guerra civil que, desde el año 428 al 432, se produjo en el Imperio, un grupo de ochenta mil vándalos ocupó el Norte de África. La historia primitiva de los vándalos se basa en datos inseguros, mezclados con tradiciones godas, lombardas e inglesas, o sobre algunos hechos onomásticos y arqueológicos. La historia establece contacto con los vándalos por primera vez en el siglo I d.C. en la orilla del Báltico. El nombre de *vandali* designa un basto grupo de pueblos, cuyo hábitat se sitúa hipotéticamente hacia Pomeralia (región noroccidental de Europa, coincidente con parte de Alemania y Polonia, en el litoral del mar Báltico). Los primeros conatos de movimiento hacia el Imperio se registran en el año 171 con las tribus de los asdingos, cuando intentaron penetrar en la Dacia, arrastrados por la corriente que impulsaba a los godos hacia el mar Negro. Poco antes del 400, los asdingos empujados sin duda por los hunos partieron hacia el oeste, remontando la orilla izquierda del Danubio; en el camino se encontraron con los silingos, estableciéndose cierta coordinación entre las dos facciones. Consiguieron pasar la Galia, y la amenaza de un doble contraataque romano, impulsada por fuerzas llegadas de Bretaña e Italia, los impulsó a buscar otro terreno de saqueo al sur de los Pirineos.

Cuando llegaron a España en el año 409, casi no encontraron ningún tipo de resistencia pues se hallaba sumida en una guerra civil. Asdingos y silingos ocuparon el noroeste de Galicia y las ricas regiones de la Bética, respectivamente. Enviado Valia desde Roma para poner orden, actuó con gran brutalidad. No hay muchas noticias de la estancia de los vándalos en España, sabemos que tomaron contacto con el mar y se convirtieron en unos piratas temibles. En el año 426 atacan las Baleares y Mauritania, y en el 428 toman la base naval de Cartagena. Aunque no se conocen bien los detalles, se sabe que en mayo del 429 se produjo una concentración de todos los expedicionarios en Tarifa, desembarcaron en Tánger, y en poco más de un año habían recorrido más de dos mil kilómetros. La ciudad de Cartago fue saqueada y sus edificios incendiados o demolidos. Posteriormente, invadieron el resto de África, hasta Tripolitania. Los romanos, incapaces de rechazar a los vándalos, les propusieron un *foedus*.

Los vándalos ocuparon las tierras de los romanos, adoptando las costumbres de aquellos a quienes ellos mismos habían despojado, incluidos los placeres de las termas y el circo. Los antiguos propietarios fueron exiliados a Italia o a Oriente. Ningún puesto importante fue confiado a los romanos. El África romana perdió, durante el gobierno de los vándalos, lo mejor de sus fuerzas espirituales y de su clase dirigente. Su rey, Genserico, dictó disposiciones para perpetuar la unidad de mando. Su principal objetivo fue la expansión continua, saqueando todo aquello cuanto encontraban en las nuevas regiones. Desde Cartago, la flota del monarca se introdujo en Sicilia en el año 440, aunque la verdadera conquista no se produjo hasta el 468. La isla revestía una especial importancia, pues constituía la escala en el transporte del trigo que desde África

ca llegaba a Roma. Hacia el 455, Genserico tomó Córcega y Cerdeña y, sin duda, también las Baleares, utilizadas, no obstante, como colonias de explotación y deportación. Paralelamente, reffectuaban incursiones en las costas españolas, italianas y griegas que culminaron con el saqueo de Roma en el año 455. Los vándalos mantuvieron esta actitud agresiva hasta la muerte de dicho monarca (477). Su obra fue efímera y sucumbieron bajo los ataques del emperador bizantino, Justiniano.

3.1.4. *Godos*

Fueron uno de los primeros pueblos que fundaron estados duraderos, consiguiendo una síntesis de los elementos germánicos y romanos. Fue el único pueblo que dispuso de una cultura intelectual autónoma. Desde Escandinavia se instalaron en la costa meridional del Báltico, aproximadamente en el actual litoral polaco. La verdadera historia de los godos comienza con Plinio y con Tácito en el siglo I. Por entonces están situados al nordeste de Germania, según Tolomeo, en la orilla derecha del bajo Vístula. Hacia el año 230 los godos están asentados al noroeste del mar Negro, entre los Cárpatos, el Don y el Vístula formando un Estado de contornos inestables, cuyo centro parece ser era el valle bajo del Dnieper. Durante el siglo III, sus dominios confinaron con los de Roma a lo largo del curso del Danubio, sin ningún incidente notable. Y al igual que todos los vecinos del Imperio, los godos proporcionaron reclutas a los ejércitos y cobraron tributos. En el año 332, Roma estableció un *foedus* con los visigodos, que fue respetado durante 35 años, lo que dio lugar a notables intercambios de conocimientos y facilitó, de manera especial, la difusión y adaptación del cristianismo entre los godos. El ataque que sufrieron de los hunos en el año 375, les obligó a pedir asilo en el Imperio, quien acogió a la mayor parte, que fue establecida en la Tracia (región del sureste de Europa, correspondiente a parte de Grecia, Turquía y Bulgaria), donde los traficantes romanos explotaron a fondo su miseria; el resto de la población goda remontó el Danubio por la orilla izquierda y se estableció en los Cárpatos y en Moldavia, bajo protectorado huno.

Es entonces cuando se produce la división bipartita que domina toda la historia de los godos: visigodos y ostrogodos, y aunque grupos de individuos pasaron siempre sin dificultad de un conjunto a otro, se establecieron dos pueblos claramente diferenciados. Los ostrogodos permanecieron al norte del Danubio, mientras que los visigodos pasaron al Imperio.

3.1.4.1. Visigodos

El emperador Valente puso unas duras condiciones a los visigodos que se habían instalado en la Tracia, por lo que éstos se rebelaron en el año 377, pro-

duciéndose un importante encuentro en la batalla de Adrianópolis, el 9 de agosto del 378, en la que murió el emperador. A pesar de la firma de sucesivos *foedus*, los visigodos continuaron haciendo incursiones por la península balcánica, hasta que el rey visigodo, Alarico, decidió en el año 401 trasladar a su pueblo a Italia. Se instala primero en Véneto, luego marcha sobre Milán, y en el 408 llega a Roma sin encontrar a penas resistencia; al no llegar a ningún acuerdo con el emperador Honorio decide saquear la ciudad, el 24 de agosto del 410, que la revuelta de África había dejado reducida al hambre y a la miseria, por lo que buena parte de la población huyó para no regresar.

A la muerte de Alarico, su sucesor, Ataúlfo, condujo a los visigodos de nuevo hacia el norte, se dirige a la Galia y toma Narbona, Toulouse y Burdeos. Con el objetivo de establecer la reconciliación definitiva con los romanos, tomó por esposa a su rehén Gala Placidia, hija del emperador Teodosio, en Narbona, en el año 414, en una ceremonia completamente romana. No obstante, los problemas continuaban existiendo entre los propios godos, como lo pone de manifiesto el asesinato de Ataúlfo en Barcelona cuando se encontraba en España en busca de pertrechos (415). Su sucesor, Valia, estableció su Estado en un territorio dentro del Imperio. Se constituía así, el conocido “Reino visigodo de Tolosa”.

La región en la que se establecieron era una de las más ricas de la Galia, una de las menos afectadas por las invasiones anteriores, y, sin duda, una de las menos combativas. Durante el gobierno de Teodorico I (418-451) y de su hijo Teodorico II (453-466), se respetó el *foedus*, y en numerosas ocasiones se pusieron al servicio de Roma para combatir bien a Atila, a los bagaudas hispanos o para eliminar el peligro suevo. Se convirtieron en los más fieles aliados de Roma y fueron uno de los pueblos bárbaros más romanizados. Teodorico II podía leer a Virgilio y conocía bien el Derecho romano. Con su sucesor, Eurico (466-484), el reino de Tolosa llegó a su apogeo, aprovechando la desaparición del Imperio, aumentó su poder en la Galia, al tiempo que afirmaba su protectorado sobre España. Además, Eurico fue un rey legislador, aparentemente aficionado a la literatura latina por lo que atrajo a su corte de Burdeos a bárbaros de todo tipo, como por ejemplo ostrogodos e incluso sajones. Respetó los cuadros administrativos romanos y nombró a condes y duques tanto godos como romanos. Él mismo, aunque conservando el vestido de los reyes godos, asumió voluntariamente los títulos menores del protocolo imperial (*clementia vestra, mansuetudo vestra*); pero afirmó su independencia renunciando a las fechas consulares a favor del cómputo por años de reinado.

Durante el reinado de su hijo Alarico II (484-507), se consolidó la dominación en España, pero al mismo tiempo hubo de hacer frente al empuje de los francos, ante los que sufrieron una grave derrota en Vouillé en el 507, de enorme trascendencia, pues marcó el inicio de un nuevo período en la historia del pueblo visigodo. El reino de Tolosa, esencialmente galo y ampliamente abierto al exterior, se convirtió en el reino de Toledo, casi únicamente español y

cerrado sobre sí mismo. El pueblo visigodo emigró en masa desde la Aquitania hacia Castilla, atravesando los Pirineos por Roncesvalles o Somport. El reino visigodo de Toledo se mantuvo firme sobre sus bases hasta la llegada de los musulmanes en el 711.

3.1.4.2. Ostrogodos

Después de la batalla de Adrinópolis (378), los ostrogodos se dividieron en dos grupos: uno asentado en Panonia, antiguo territorio romano, tan devastado que en él sólo pudieron adquirir residuos de civilización, que se mantuvo como fiel vasallo de Atila acompañándole por la Galia y por Italia; no obstante, cuando sucumbió el poder huno, este grupo se mantuvo neutral; el segundo grupo, que se había pasado al servicio del Imperio, estaba acantonado en la península de los Balcanes, netamente minoritario y sin autonomía política, fue un intermediario entre la civilización de Constantinopla y los ostrogodos. Hacia el año 482, sus supervivientes se unieron a Teodorico el Grande (474-526).

En un primer momento, los ostrogodos, sin asentamiento territorial fijo, dirigieron, al igual que otros pueblos, sus amenazas hacia Constantinopla, de donde fueron rechazados gracias a la habilidad de la diplomacia bizantina, que les conducirá de manera indirecta a enfrentarse con su rival en Italia de quien el emperador Zenón deseaba librarse. Es entonces cuando Teodorico se dirige a Italia al mando de sus tropas con el objetivo de desalojar a Odoacro, quien tras deponer al último emperador romano, aspiraba a ser el continuador del gobierno imperial.

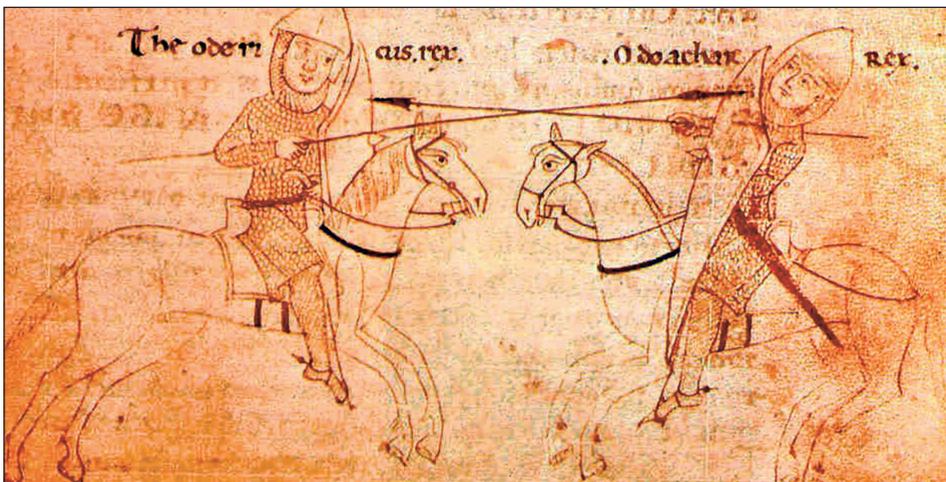


Figura 6. *Justa entre Odoacro y Teodorico (Biblioteca vaticana).*

Teodorico pudo ocupar sin combate los campos de la Alta Italia, e incluso Milán y Pavía, pero tardó otros cuatro años hasta que pudo derrotar a Odoacro en el año 493. En los primeros años de su gobierno, hizo sinceros esfuerzos de acercamiento a la población italiana. Trató de organizar una Italia sobre una base dualista: godos y romanos. Teodorico comprendió que la civilización romana era la única base sobre la que se podía levantar un Estado capaz de proporcionar a los ostrogodos una primacía duradera entre los bárbaros. Entre sus colaboradores se incluyeron influyentes romanos como Boecio (480-524), la última mente verdaderamente original que produjo la Antigüedad, estadista, escritor, pero sobre todo filósofo y matemático; y Casiodoro (485-580), que se convirtió en su principal consejero y portavoz entre los romanos. Dio muestras de un gran apego al pasado de Roma y a sus instituciones; así, por ejemplo, cuando hace referencia a los antiguos emperadores los denomina *majores nostri*.

Durante su gobierno, Teodorico intentó formar una especie de confederación de monarcas germanos del Occidente. Llevó a cabo una política de alianzas familiares con los demás príncipes bárbaros: contrae matrimonio con una hermana del rey franco Clodoveo, casa a una de sus hijas con el burgundio Segismundo, y a otra con el rey visigodo, Alarico II; por último, su hermana se casa con el vándalo Trasamundo. Alista en su clientela a los hérulos de Pano-



Figura 7. Mausoleo de Teodorico en Rávena.

nia, los varnos del Rin, los alamanes vencidos por Clodoveo, acoge a todos los guerreros disponibles y paga soldadas tan buenas que incluso acuden de Escandinavia. Teodorico aparece como una mente muy superior a la de los demás gobernantes bárbaros, creyó en la solidaridad necesaria entre germanos, y supo llevar a cabo una actividad diplomática a escala europea, facilitada por la tranquilidad excepcional de que disfrutaron entonces los godos.

El centro del Estado fue la corte de Rávena. Teodorico fue el único rey bárbaro que asimiló el concepto romano de capital. Fue un gran constructor que levantó palacios, iglesias, baptisterios e incluso su propia estatua ecuestre; en suma, embelleció de manera especial Rávena, mientras que en Roma actuó preferentemente como restaurador. Durante los treinta y seis años que duró su reinado, excepcionalmente largo y dichoso, Italia gozó de paz y tranquilidad. Pero todo fue bien mientras el rey vivió, ya en los últimos años de su vida pudo contemplar cómo se preparaba una crisis en su sucesión. Teodorico murió el 30 de agosto del año 526. La transmisión de poderes se efectuó sin problemas, Atalarico, su nieto, reinó bajo la regencia de su madre, Amalasueta, y murió sin dejar sucesión. Los problemas surgidos en el gobierno de los ostrogodos facilitarán la intervención del emperador bizantino, Justiniano.

3.2. Segunda oleada: Francos

Estuvo protagonizada por los llamados “francos”, uno de los pueblos germánicos que aparecen más tarde y cuyos orígenes son más oscuros; no obstante, será el único pueblo cuya obra ejercerá una influencia notable y duradera en toda la historia de Occidente. La mayor parte de los historiadores han admitido que habían surgido de la agrupación de diversas poblaciones situadas a orillas del Rin inferior. Su avance por el Imperio se produjo de dos formas muy distintas: por una parte, se fueron incorporando desde el siglo IV en el interior del mundo romano formando parte del ejército; y por otra, se fue produciendo una lenta colonización en las fronteras casi abandonadas del Imperio. El avance franco no se parece en nada a las conquistas de los godos en Italia y España, o de los vándalos en África, pues no se pueden establecer fechas precisas ni tampoco fijar su itinerario.

La historia de los francos comienza a ser conocida cuando Clodoveo asciende al trono en el año 481, en el pequeño reino de Tournai que había heredado de su padre Childerico I, e inaugura la dinastía merovingia. Sus empresas se orientaron a engrandecer el reino franco en la unidad territorial de la Galia. Realizó varias campañas contra turingios, alamanes, burgundios y de manera especial, contra los visigodos sobre los que obtuvo una importante victoria en Vouillé en el 507, apoderándose de Tolosa. Tuvo un especial significado su conversión al catolicismo, compromiso que adquirió al casarse con

una católica burgundia, Clotilde (posteriormente canonizada como Santa Clotilde), lo que supuso la conversión de todos los francos al catolicismo, siendo el primer reino bárbaro católico del Occidente. Clodoveo se convierte en el brazo armado de la Iglesia y las siguientes campañas que emprendió se convirtieron en cruzadas frente a arrianos y paganos. En los últimos años de su reinado eliminó a los reyezuelos francos, y estableció el monopolio de su propio linaje, y fijó la residencia real en París, muy lejos de las bases de partida de la conquista. Clodoveo se convirtió en el gobernante de gran parte de la Europa occidental. El reino merovingio fue una síntesis innovadora entre elementos romanos y elementos germánicos.



Figura 8. *Bautismo de Clodoveo.*

Cuando el rey Clodoveo muere repentinamente en París en el año 511, el dominio franco se extendía desde el Rin al Atlántico, y del Canal de la Mancha a los Pirineos. La conquista franca continuó hasta el año 560 aproximadamente. Los hijos de Clodoveo ocuparon el reino burgundio (532-534); arre-

bataron Provenza a los ostrogodos (537); impusieron el protectorado franco a los turingios, alamanes y bávaros, y fueron durante un tiempo (540-550) señores del norte de Italia. Este Estado fue el más duradero del Occidente bárbaro, debido, sin duda, afirma Lucien Musset, al relativo equilibrio entre sus elementos romanos y germánicos; pero esta expansión, sólo excepcionalmente, estuvo acompañada por una obra de civilización y asimilación.

3.3. Tercera oleada: Lombardos

La última y probablemente la más devastadora de las invasiones germánicas estuvo protagonizada por los “lombardos”. Aunque sus orígenes no están claramente definidos, la historia encuentra a este pueblo a orillas del Elba. La migración hacia el sur se extiende durante un largo período; a finales del siglo V se hallaban en un sector de la actual Austria, pero a comienzos del siglo VI, se trasladan a Panonia y se convierten en jinetes seminómadas. Su rey, Waco, adquiere prestigio internacional al casar a sus hijas con reyes merovingios y por mantener buenas relaciones con Bizancio.

El reino lombardo prospera debido a la gran ruta comercial establecida entre Aquilea, próxima al mar Adriático, y el Báltico. Su expansión se vio favorecida cuando Justiniano, emperador de Bizancio, destruye al Estado ostrogodo, momento en el que los lombardos deciden abandonar Panonia y conquistar Italia. El rey Alboíno, se hace con el poder de Aquilea y, poco a poco, sus tropas fueron apoderándose de los *castella* del Véneto. En poco más de un año, ocupa la llanura del Po y toma Milán, y dos años después, consigue arrebatar a los bizantinos Pavía, punto de partida de numerosas expediciones.

No obstante, esta expansión no fue acompañada de una sólida organización política. Suprimida durante un tiempo la monarquía, el poder residía en jefes de bandas. Sus ejércitos vivían del botín por lo que en Italia reinaba la anarquía. Los lombardos no crearon establecimientos estables y nunca formaron en Italia un estado nacional coherente como el de los francos en la Galia o el de los visigodos en España. Su asentamiento se realizó en gran parte bajo la forma de colonización militar. La aristocracia romana fue eliminada en tanto que fuerza política y social; no obstante, los romanos transmitieron a los lombardos: su carácter relativamente urbano y su latinidad. Pablo el Diácono monje benedictino e historiador de los lombardos, fallecido en el 799, contribuirá al renacimiento carolingio.

Su arquitectura estaba basada en formas de la arquitectura cristiana primitiva y romana con notables aportaciones orientales. Son muy conocidas las llamadas “bandas lombardas”, pilastras o fajas verticales que sobresalen del muro y están unidas a la parte superior por unas arcadas. Entre las obras más importantes de la arquitectura lombarda podemos citar San Ambrosio de Milán y

San Miguel de Pavía. Sin embargo, el derecho y el ejército, propiamente lombardos, fueron, en parte, eliminados o asimilados por los francos después de la destrucción del reino por Carlomagno.

3.4. *Migraciones marítimas: Anglos y sajones*

Al mismo tiempo que se desarrollaban las grandes migraciones terrestres, unos movimientos de carácter marítimo, menos conocidos, afectaban las zonas costeras de la Europa del Noroeste. La historia de las migraciones marítimas se abre con las expediciones de los hérulos, residentes en la Dinamarca oriental. El movimiento siguiente, mucho más importante, tuvo un carácter muy distinto, pues aunque también se inició con la piratería, rápidamente se transformó en conquista y colonización, y estuvo protagonizado por los sajones, los anglos y los jutos, quienes desde la zona costera comprendida entre Jutlandia y el Rin, se dirigieron hacia Britania.

Hay referencias a estos pueblos en las obras de Tácito que sitúa a los *anglii* en el istmo de Jutlandia. En el siglo II, Tolomeo cita por primera vez al pueblo de los sajones y los sitúa en el Holstein. Estos sajones, que quizá son una rama desgajada de los caucos, les suplantaron rápidamente de su antiguo hábitat, y, a mediados del siglo III, dominan la Baja Sajonia. Toman contacto por el oeste con otra población marítima, los frisones. Estos tres pueblos: anglos, sajones y frisones serán los protagonistas de las invasiones germánicas en Britania, junto con un pueblo, aún más misterioso, el de los jutos.

La falta de fuentes documentales fiables no han hecho posible dar una explicación clara sobre el motivo que provocó estos movimientos, se han alegado causas geológicas y demográficas, también se ha pensado en los progresos de la construcción naval, o la existencia de posibles tesoros monetarios escondidos en las zonas costeras. El papel de los frisones en la migración es poco conocido, sabemos que la expansión frisona se efectuó hacia el noreste, primero entre el Ems y el Weser, y luego entre el Elba y el Ejder, para ocupar el lugar que la partida de los sajones había dejado vacante.

El origen y evolución de los jutos se hace todavía más difícil. Beda el Venerable (672-735) historiador y monje benedictino, les atribuye en su obra *Historia eclesiástica de los pueblos Anglos* la colonización de Kent, de la isla de Wight y de una parte de Hampshire, pero no hay uniformidad por parte de los historiadores en esta afirmación.

El caso de los anglos es más claro. Proviene en su mayoría de la costa oriental del Schlesvig, que desalojaron al emigrar hacia Britania. Su lengua y civilización no difieren mucho de las sajonas, por lo que su movimiento está estrechamente relacionado, y nadie cree que se les puedan asignar sectores de colonización que sean coherentes y estén claramente delimitados.

Recordemos que desde finales del siglo II, en tiempos del emperador Marco Aurelio se habían escondido cierta cantidad de depósitos monetarios cerca del Támesis y del Wash, las dos principales entradas a Inglaterra por el este. Desde entonces se fueron creando una serie de fortificaciones costeras que, como era habitual, estaban defendidas por antiguos asaltantes entonces a sueldo de Roma. Los primeros sajones que se fijaron en Britania seguramente fueron mercenarios y no conquistadores.

La conquista de la isla debió de producirse a mediados del siglo V. Los sajones fueron ocupando el tercio oriental. Estos primeros colonos casi prescindieron de una organización política. La colonización ocupó las tierras arables, avanzando a través de los valles. No se conoce la fecha de ocupación de ninguna ciudad, pues éstas perdieron cualquier significación. Los estudios realizados han llevado a pensar que el avance no fue continuo ni uniforme. La eliminación de los indígenas plantea uno de los problemas más misteriosos de la historia inglesa. La conquista sajona no adquirió un estatuto regular hasta la fundación de los principales reinos a partir de mediados del siglo VI, cuando cesaron los desembarcos procedentes de ultramar.

Hacia finales del siglo VII, el espacio donde nacería la Inglaterra medieval estaba enteramente ocupado, y la lengua inglesa había triunfado en casi todas partes (el inglés sólo ha tomado del bretón unas 15 o 16 palabras, y los nombres de algunos grandes ríos, Támesis, y de algunas ciudades: Londres, York o Lincoln). El paganismo se extendió por todas partes. La multiplicidad de reinos, que suman más de doce, de rangos muy distintos, no impide que las instituciones políticas sean sustancialmente idénticas en todas partes. Siete de ellos formaron la denominada “heptarquía” anglosajona, integrada por tres estados de fundación sajona (Essex, Sussex y Wessex); otros tres estados creados por los anglos (Mercia, Anglia Oriental y Northumbria); y el último (Kent), situado en el sureste, fundado por los jutos.

4. Estructuras políticas

Con la caída del gobierno romano central, las estructuras del gobierno provincial, persistieron en Occidente con líderes bárbaros, asumiendo responsabilidades civiles, ayudados por oficiales romanos, combinándolas con la dirección militar de las bandas guerreras. Por consiguiente, las estructuras y los métodos de la burocracia imperial asociados con el gobierno provincial también persistieron dentro de los primeros reinos bárbaros.

Las regiones que habían estado hasta entonces bajo el dominio germano carecían después del año 476 de cualquier esfuerzo de gufa, explotación, o control de un gobierno central. Las poblaciones locales eran una mezcla de gentes nacidas allí, de guarniciones militares y de familias originarias de otras

partes del Imperio que se habían convertido en dueños de tierras y desempeñaban cargos oficiales en las jerarquías civiles y eclesiásticas locales.

Es indudable que en la formación de las distintas monarquías surgidas en este tiempo, tuvo una incidencia notable el grado de romanización de los diferentes pueblos germánicos, debido a las varias circunstancias de su instalación, a sus relaciones pacíficas o violentas con los conquistados, a la propia personalidad de sus jefes, a las instituciones que desarrollaron, a las leyes que fijaron por escrito, a la situación geográfica de cada uno de ellos, así como a su propia evolución política pues no podemos olvidar que estos reinos se desarrollaron entre los siglos IV y VIII, tiempo durante el cual se produjeron importantes transformaciones. Por lo que, a pesar de la fuerza perdurable del legado romano, las estructuras políticas emergentes en los siglos VI, VII y VIII, deben entenderse en sus propios términos.

Las formas concretas en que surgieron los líderes políticos y las instituciones en los siglos V y VI son a menudo oscuras. En el caso de Britania, y a la vista del análisis arqueológico, existen poco más que conjeturas para determinar qué sucedió después de que el gobierno central romano dejara de ser eficaz. La evidencia arqueológica de Inglaterra indica que esos pequeños reinos estaban empezando a cristalizar a partir del año 600. Sin embargo, en el continente la toma de administración y el gobierno ejercido por las élites locales es mejor conocido debido a la existencia de fuentes documentales, donde se pone de manifiesto que los nuevos gobernantes son identificados como los reyes de los pueblos que ahora ocupaban las antiguas provincias romanas y gobernaban sobre una población mixta.

No existe tampoco uniformidad entre los historiadores actuales, debido a la falta de claridad de las fuentes, acerca de los orígenes e identidades de estas gentes: romanos, galo-romanos, hispano-romanos, romano-británicos, pictos, escoceses, francos, godos, lombardos, burgundios, suevos, alamanes, vándalos, anglos o sajones. Tales identidades no eran una cuestión étnica, si no que más bien son parte de un proceso descrito por los estudiosos actuales como etnogénesis. Las victorias sobre sus rivales por el poder, obtenidas con la ayuda de sus fieles seguidores, en nombre del pueblo sobre el que gobernaban, consolidaron el sentido de lealtad y la pertenencia política.

En términos generales, podemos decir que la forma de gobierno de estos reinos era una combinación de estructuras heredadas, y procedimientos e innovaciones diseñados para adaptarse a las circunstancias locales y puntuales, por lo que se puede afirmar que los reinos bárbaros encajaron en las antiguas estructuras administrativas romanas de provincias, ayudados por las divisiones en *civitas* (áreas administrativas de una ciudad con su territorio dependiente) que fueron tomadas de la Iglesia para definir las diócesis episcopales. Las unidades pequeñas, como la diócesis o el condado, eran administradas por oficiales que actuaban en nombre del rey. El conde o su equivalente tenían el poder para ejercer la justicia, acuñar moneda, así como la obligación del man-

tenimiento de los caminos y puentes, y de convocar al ejército para las campañas militares. Podían ejercer este cargo hombres locales o cualquier otro procedente de otras tierras.

4.1. *La monarquía germánica*

Entre los rasgos comunes de estos pueblos germánicos podemos señalar la existencia en todos ellos de la *realeza*, como institución básica. El rey era el líder del ejército, asumía la responsabilidad del mantenimiento de la justicia y la paz, y al igual que lo hicieron los emperadores romanos, promulgaba la legislación y lo hacía con el acuerdo y consejo de todos sus hombres principales. En sus leyes, los reyes de la Europa altomedieval llegan a emular a los gobernantes romanos, pero, sin duda, el elemento guerrero de la monarquía fue en este tiempo uno de los elementos primordiales que explicaba su funcionamiento.

Los reyes germánicos estaban dotados de poderes, en teoría, amplísimos. Ejercían su poder apoyándose en elementos esencialmente bárbaros. Uno de ellos prevaleció finalmente, el *ban* o poder que todo monarca germano tenía para impartir órdenes o dictar sentencias. En algunos casos, se intentó una dignificación de la persona del monarca, por ejemplo, los visigodos serían ungidos al ascender al trono, lo que le daba un carácter sacro a su función.

Aunque en su origen la monarquía era electiva entre los príncipes de los distritos, duques o primates de los mismos, con el tiempo tendió a vincularse a una dinastía o a una familia, aunque no tuvo el mismo carácter en todos los pueblos. Por ejemplo, en el reino vándalo, Genserico quiso imponer el sistema agnático de sucesión al trono, por el cual el reino no podía pasar a manos del mayor de los príncipes de la familia reinante perteneciente a la segunda generación, hasta que no hubiera fallecido el último de los miembros de la primera. De modo que los hermanos del rey muerto tenían un derecho preferente sobre los hijos del difunto, lo que fue origen de muchas rencillas y violencias. En el reino visigodo existen vestigios inequívocos de este mismo sistema agnático y del derecho de sucesión familiar, aunque se suele hablar de un sistema electivo. En el reino merovingio, el rey gozaba de poderes absolutos y esto le convertía de hecho en “propietario” del territorio, pudiendo dividirlo entre sus hijos. En otros reinos, como sucedió en los reinos anglosajones, los gobernantes eran escogidos de entre los varones de un grupo parentelar, no produciéndose la sucesión dinástica hasta el siglo IX. En el reino franco y en el Imperio Bizantino, la posición de la reina era en parte debida a su capacidad de dar a luz herederos masculinos.

En términos generales, en las formas de gobierno occidentales de Europa, la reina parece haber sido responsable de los asuntos domésticos de la casa

real, con oficiales a su cargo, y de haber manejado el dinero para asuntos relacionados con la provisión de la corte. La reina también tenía un papel como mediadora, agente de paz, mecenas, o incluso como conspiradora, como en los casos de Goiswintha, reina de los visigodos, según relata Isidoro de Sevilla (556-636), quien había conspirado contra su hijastro, Hermenegildo, y su propio marido, Leovigildo; o Rosamunda, reina de los lombardos, quien con éxito se confabuló para asesinar a su marido, el rey Alboíno.

Las reinas del período Altomedieval emularon las actividades culturales de las emperatrices teodosianas del siglo V, como podemos ver en la obra de Teodelinda, reina de los lombardos en el siglo VI, o en Judith, esposa del emperador Luis el Piadoso en el siglo IX. Incluso, otras reinas llegaron a actuar como regentes de sus hijos jóvenes o nietos, como fue el caso de Arnalsuintha, reina de los ostrogodos que fue regente de Atalarico en el siglo VI.

La presencia real era una manifestación física del poder del rey. La corte estaba donde el rey estaba, era pues, itinerante. Recordemos, por ejemplo, que hasta el año 576 no se fijó en Toledo la capitalidad del reino visigodo y aún después de esta fecha los monarcas no residieron habitualmente en la ciudad. Una corte itinerante vivía en palacios urbanos o rurales, y en pabellones de caza. El rey y su séquito también eran los invitados de obispos y abades en las grandes sedes y monasterios del reino, donde disponían de alojamientos especiales como puede observarse en los planos de las excavaciones realizadas en el monasterio de San Vincenzo al Volturno situado en el centro de Italia, en el siglo IX.

Entre los funcionarios del *Palatium* o Curia central, existían algunos cargos de origen romano, como el *referendarius*, jefe de los escribas, empleados o notarios reales, el *comes stabuli*, caballerizo mayor o condestable; los *comites consistoriani* o condes consistoriales de la Italia ostrogoda; el *cubicularius*, tesorero real o chambelán; los *camerarii* o camareros, etc., y otros de origen germánico, como eran el *senescal*, jefe de los domésticos; el *mariscal*, jefe de la caballería y las armas reales, etc. La explotación de las circunscripciones reales (*fisci*, o territorios del fisco), estaba regida por los *domestici* o intendentes.

4.2. Instituciones

Las asambleas eran un medio principal de gobierno y de toma de decisiones. Eran grandes reuniones públicas de magnates laicos y eclesiásticos, a nivel central y local. En ellas se zanjaban disputas, se oían peticiones, se tomaban decisiones y se hacían leyes. Las asambleas, a menudo, se programaban para coincidir con el pase de revista al ejército en primavera antes de una campaña militar.

Los reyes visigodos del siglo VII gobernaron principalmente a través de grandes y complejos concilios que solían celebrarse en la ciudad de Toledo.

Con el paso del tiempo la celebración de estas grandes asambleas fue perdiéndose, siendo sustituidas por asambleas parciales, de los hombres libres de cada comunidad. Leovigildo, rey visigodo, organizó con sus nobles el consejo palatino (*Aula regia*). El orden del día y las decisiones de estas asambleas de los siglos VIII y IX se presentan en capitularios, actas conciliares y cartas de folio único donde queda constancia escrita de las decisiones legales. Estos documentos dan una amplia indicación de la variedad de asuntos discutidos en ellas.

La aristocracia fue el núcleo fundamental de las estructuras políticas. Los hombres reunidos en la corte actuaban como consejeros del rey y funcionarios dentro de palacio, teniendo presente que para el período altomedieval no se pueden delimitar estrictamente sus esferas de jurisdicción. Los germanos que constituyeron la élite militar y formaron la clase dirigente en los distintos reinos, constituían una minoría frente a la población indígena, por lo que en las zonas más romanizadas, la nobleza indígena de los “senadores” perdurará como clase social y ejercerá distintos servicios y funciones civiles, en especial en Italia. Junto a ella, apareció una nobleza nueva formada por obispos arrianos o católicos, por la guardia personal del rey, que le prestaba un juramento especial, y por aquellos que se hallaban vinculados al soberano por la *commendatio*, lazo indestructible. En pago a sus servicios, estos colaboradores, en Italia llamados *gasindi* y *optimates*; en la España visigoda, *fideles* y *gardingos*; y en el reino anglosajón de Wessex, *gesith*, recibieron concesiones de tierras (*beneficia*), en un primer momento mientras durasen sus servicios y, más tarde, en plena propiedad con exenciones de impuestos y otros derechos derivados de su elevada consideración social.

4.3. Leyes

Atendiendo al derecho y a las materias asociadas de transacción legal y al uso de la escritura para el registro legal, la continuidad con el mundo romano es más significativa, pues no se produjo ningún “declive y caída” del derecho romano, sino un proceso gradual de adaptación.

El derecho del período Altomedieval en Occidente comprende, en primer lugar, el Derecho romano en la forma del Código Teodosiano, escrito en latín en el año 438, del que se hicieron diversos compendios a lo largo de la alta Edad Media, de los que el más difundido fue el llamado *Breviario de Alarico* (506) que venía a ser un manual práctico para aplicarlo a sus súbditos galos e hispanos, y acreditaba la penetración de la cultura de Roma en el reino visigodo de Tolosa. Con anterioridad, su padre, Eurico (466-484), codificó la ley germana, hasta entonces consuetudinaria, con la elaboración del llamado *Código de Eurico*, hacia el año 475, en el que se reconocieron y reafirmaron las cos-

tumbres de la nación visigoda, así como cuestiones relacionadas con el reparto de tierras.

Junto a estos textos, existen otros, conocidos colectivamente, como *leges* germánicas de los burgundios, visigodos, alamanes, bávaros, lombardos, anglosajones, francos, sajones y frisios. Estas leyes, a excepción de las anglosajonas escritas en inglés, también están en latín y se basan principalmente en el Derecho romano tanto en estructura como en forma, aunque fueron incorporándose elementos de práctica social posiblemente no romanos.

Además, está el derecho eclesiástico de la Iglesia. Las leyes bíblicas y las regulaciones tuvieron también una gran influencia en la legislación eclesiástica posterior. A las provisiones eclesiásticas acordadas en los concilios principales de la Iglesia temprana, a las decisiones papales y al derecho imperial romano que se ocupan de las materias eclesiásticas de organización y disciplina se las denomina colectivamente como derecho canónico.

A lo largo de los siglos VI y VII la legislación germánica, influida por el Derecho romano y por la Iglesia, consiguió un gran desarrollo. En Italia, Rotario, rey lombardo, había promulgado en el año 643 el *Edicto*, primer código lombardo. Poco tiempo después, en España, Recesvinto, promulgó el *Liber iudiciorum* o Libro de los Juicios, traducido al romance, siglos después, con el título de *Fuero Juzgo*. En el reino anglosajón el rey Ine (689-726) promulgó un nuevo código que nos describe una sociedad de hombres libres, con importantes vínculos de solidaridad y en proceso de cristianización.

Probablemente existió un proceso constante de adaptación, de cambio y de interpretación del derecho respecto a las condiciones sociales existentes y cambiantes. Existen, por ejemplo, muchos preceptos carolingios que exigían a los jueces juzgar según la ley escrita en lugar de seguir su propio juicio supuestamente arbitrario. El Derecho romano, las *leges* y los capitularios carolingios inspiraron posteriores formulaciones del Derecho para las monarquías de Europa occidental y la profesión creciente de abogados para los siglos XI y XII.

4.4. *Las finanzas y el ejército*

El Imperio Romano había mantenido un sistema de tributos pesado y complicado, basado principalmente en los bienes raíces y en su explotación agrícola. La estabilidad de la acuñación era un factor principal en las finanzas públicas. Después de un período de inflación a finales del siglo III y la depreciación del valor del *denarius*, los impuestos se recaudaban en especias y, a finales del siglo V, en oro. La evolución del tributo y la acuñación en los Imperios oriental y occidental divergió notablemente en la alta Edad Media. En Oriente, el Estado conservó su interés directo en acuñar monedas buenas, porque el tributo en oro era uno de los eslabones en el ciclo de intercambio en el

cual el comercio jugaba un papel mínimo. En Occidente, los nuevos gobernantes procuraron dejar en funcionamiento la recaudación de tributos y algunas de las estructuras administrativas del sistema fiscal romano. Sin embargo, aumentó la carga de impuestos indirectos durante toda la Edad Media. La imposición de contribuciones de transporte y de mercancías, por ejemplo, fue la prerrogativa exclusiva del rey y sus agentes hasta mediados del siglo IX.

Uno de los rasgos más sorprendentes del período que va del año 395 al 476 es la falta de referencias en las fuentes literarias relacionadas, tanto con la mitad oriental del Imperio como con la occidental, con ejércitos específicamente romanos. Se tiene constancia de mucha actividad militar en estas décadas, pero gran parte de ella estaba dirigida por generales que actuaban en nombre de una serie de emperadores. El notable aumento del ejército y del gasto público trajo consigo un grado de organización logística y económica sin precedentes.

5. Desarrollo artístico

El desarrollo artístico de este período se conoce, en términos generales, como arte prerrománico. En las antiguas provincias del Imperio de Occidente comienza a desarrollarse un arte más sencillo, que servirá de base al estilo románico.

En Italia, el arte prerrománico alcanza su máximo esplendor durante el gobierno de Teodorico (453-526), siendo su obra más valiosa el sepulcro de Rávena. Francia utilizará en sus construcciones materiales de procedencia romana, siendo el monumento de mayor relieve la iglesia de San Juan en Poitiers, pero el momento cumbre se alcanzará, posteriormente, durante el reinado de Carlomagno.

Debemos al pueblo visigodo las construcciones más importantes del período estudiado. Es el arte de los hispanorromanos, que al quedar a comienzos del siglo V privados de la influencia de Roma, viven su propia tradición, unida a las influencias bizantinas y del norte de África. Recordemos en España, la construcción de la iglesia de San Juan de Baños (Palencia), mandada construir por Recesvinto; Santa Comba de Bande (Orense); o San Pedro de la Nave (Zamora). Cerca de Braga (Portugal), se conserva la iglesia de San Fructuoso de Montelios, de planta de cruz griega, similar a la iglesia de los Santos Apóstoles de Constantinopla.

No podemos olvidar las manifestaciones artísticas de los pueblos germánicos referentes a la decoración: fíbulas, broches de cinturón y placas metálicas. Así como la orfebrería visigoda, cuyo exponente más destacado son las coronas votivas del tesoro de Guarrazar (Toledo).



Figura 9. Tesoro de Guarrazar. Corona de Recesvinto.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA ESPECÍFICA

COLLINS, R.: *La Europa de la Alta Edad Media: 300-1000*. Madrid, Akal, 2000.

COUMERT, M. y DUMÉZIL, B.: *Los reinos bárbaros en Occidente*. Granada, Universidad, 2013.

GÓMEZ ARAGONÉS, D.: *Vouillé, 507. El nacimiento del Regnum Gothorum de España*. Zaragoza, HRM Ediciones, 2016.

JIMÉNEZ GARNICA, A. M^a.: *Nuevas gentes, nuevo Imperio: los godos y Occidente en el siglo V*. Madrid, UNED, 2010.

McKITTERICK, R.: *La Alta Edad Media, 400-1000*. Barcelona, Crítica, 2002.

MIRANDA GARCÍA, F.: *Breve historia de los godos*. Madrid, Nowtilus, 2015.

MUSSET, L.: *Las Invasiones. Las oleadas germánicas*. Barcelona, Labor, Nueva Clío, nº 12, 1982 (2^a ed.).

WALLACE-HADRILL, J. M.: *El occidente bárbaro 400-1000*. Madrid, Silex, 2014.

WICKHAM, CHR.: *Una Historia nueva de la Alta Edad Media. Europa y el mundo mediterráneo, 400-800*. Barcelona, Crítica, 2008, (págs. 92-202).

LECTURAS Y CONSULTAS RECOMENDADAS

Manuales

CLARAMUNT, S.: *Historia de la Edad Media*, págs. 15-23.

LADERO, M. A.: *Edad Media*, págs. 62-73, 81-102.

MITRE, E.: *Historia de la Edad Media en Occidente*, págs. 25-32.

NIETO SORIA, J. M. (coord.): *Europa en la Edad Media*, págs.5-55.

Mapas

DUBY, G.: *Atlas histórico*, págs. 34-36.

McKAY, A.: *Atlas de Europa medieval*, págs. 14, 17.

ECHEVARRÍA, A.: *Atlas histórico*, págs. 27-35.

CANTERA, E.: *Atlas histórico y geográfico universitario*, págs. 85-86.

KINDER, H.: *Atlas Histórico Mundial*, págs. 116, 118, 120, 122.

Textos

LADERO, M. A.: *Edad Media*, pág. 77 “*Los Ostrogodos en Italia*”; págs. 78-79 “*Los bárbaros como libertadores*”.

MITRE, E.: *Textos y documentos de época medieval*, pág. 38 “*El historiador Procopio hace el elogio del rey de los Ostrogodos Teodorico (487-526)*”.

FALCÓN, I. y OTROS: *Antología de textos y documentos de la Edad Media*, págs. 15-16, “*Edicto a favor de la libertad religiosa (313)*”; págs. 26-27 “*Conversión de Clodoveo*”. *Cantar de los Nibelungos*. Madrid, Visor, 1983.

Otras actividades

PELÍCULA: *Atila, rey de los Hunos*. Dir. Dick. Lowry, 2001.